

LA ECONOMIA CHILENA: ESTRUCTURA Y PROBLEMAS

LA larga y angosta faja que constituye la parte americana de la República de Chile —4.200 km. de longitud, con un ancho medio de 175 km.— tiene una superficie de 741.000 kilómetros cuadrados, pero de ellos sólo 200.000 kilómetros cuadrados representan el ecúmene, o sea, la parte habitable y agrícolamente aprovechable. El resto está formado por altas cordilleras, desiertos, campos helados y roqueños. Sólo el 20 por ciento de la superficie total del país son terrenos más o menos planos, lo que destaca el carácter andino del territorio. Aún dentro de la parte útil, se incluyen extensas superficies esteparias, de aprovechamiento reducido.

Podría preguntarse por qué motivo un país de una configuración tan estrambótica constituye una nación tan unida y de carácter tan definido. Las razones son dos: una de índole geográfica, la otra histórica. La primera se deriva del hecho que la extensión longitudinal constituye un privilegio, pues implica gran diversificación climática y, por consiguiente, de producciones, lo que facilita la complementación de las producciones regionales. En efecto, la interdependencia de las regiones chilenas es extraordinaria. Cabe agregar, como segunda causa, la acción de la historia. La sociedad chilena se formó en un espacio que equivale sólo a la tercera parte del territorio actual: la región comprendida entre Copiapó y el Bio-Bio. Sólo después de la emancipación de España comenzó a extenderse hacia el Norte y el Sur, ocupando los límites actuales. Así, la cultura adquirió un carácter uniforme.

Dentro de un espacio agrícola reducido, la Providencia se ha complacido en dotar al país de ingentes recursos. La constitución geológica es primordialmente plutónica, predominando en el territorio intrusiones y efusiones de porfiritas, pórfidos, diorita andina y lavas liparíticas, siendo muy escasos los sedimentos terciarios, que solo adquieren mayor expansión en la península de Arauco (carbón y quizás también petróleo) y en Magallanes (carbón, petróleo, oro).

Especialmente la intrusión de un enorme batolito de diorita andina, que forma el subsuelo de casi todo el país, ha sido de enorme trascendencia para la riqueza de minerales metálicos. Su presencia está ligada principal-

mente al contacto de él con las porfiritas y dacitas. Por las grietas surgieron vapores y soluciones minerales, que se depositaron en forma de vetas, mantos o que mineralizaron completamente grandes cuerpos agrietados y destrozados por fenómenos tectónicos. Abundan, en orden de importancia, minas de cobre, hierro, manganeso, oro, plata y otras sustancias. La actividad volcánica más reciente generó en el Norte Grande (provincias de Tarapacá y Antofagasta) los mayores yacimientos de azufre que se conocen. En el cuaternario, la actividad de los bacterios nitrificantes de la tierra generó en la misma región el salitre, y las aves marinas depositaron enormes yacimientos de guano (cavadernas). Se formaron inmensas salinas, una sola de las cuales contiene 17 mil millones de metros cúbicos de sal casi pura. Los ventisqueros cuaternarios repartieron el oro andino sobre grandes áreas en la región austral, donde lo concentraron los ríos modernos en sus lechos. Existen, además, boratos, kieselgur, dolomita, sales potásicas, sulfatos, apatitas, calizas, caolín, yeso, talco, arcillas, tierras de color y numerosas otras sustancias valiosas. La dotación del país con minerales es proverbial y muy completa.

El clima chileno se caracteriza por la conjugación de dos factores de características opuestas. Las temperaturas son muy homogéneas; las precipitaciones, extraordinariamente variadas. Entre Arica y el Cabo de Hornos, la temperatura media anual disminuye sólo de 19,5 a 4,5°, es decir, en 15° sobre una longitud de 4.200 kilómetros. Se debe ello a la influencia moderadora del mar, que la hace descender en el Norte y la aumenta en el Sur. Por otra parte, en la región septentrional no llueve, presentándose un desierto absoluto, mientras que hacia el Sur las precipitaciones van en aumento, alcanzando hasta 10 mm. al año, que es el valor más alto conocido en la zona templada.

Como consecuencia, desde el Bio-Bio al Sur el paisaje se cubre de selvas, que comprenden unas 6 millones de hectáreas, de las 20 útiles que tiene el país. Agregan ellas otro producto utilísimo a su acervo.

El reparto de la población, que asciende actualmente a 5,8 millones, revela todavía la concentración en la parte central. En las provincias comprendidas desde Aconcagua hasta Ñuble (Núcleo Central) vive el 60 % de ella; en las de Concepción hasta Cautín, el 18 %, correspondiendo a los dos extremos del país, el 11 % a cada uno. No debe considerarse este reparto como producto de un equilibrio, pues la población se está desplazando hacia el Sur, el que ofrece múltiples posibilidades de desarrollo económico.

HISTORIA ECONOMICA

Para comprender la actual estructura económica del país, cabe echar una mirada a la historia.

Cuando los españoles ocuparon el país, les interesaba casi únicamente la explotación de los placeres de oro (lavaderos), cuya producción alcanzó

poco antes de fines del siglo XVI a 5.000 kilogramos, y como había cerca de 1.000 españoles en el país, su renta media era de 5 kg. de ese metal.

La explotación se hacía mediante el reparto de los indígenas (araucaños) a encomenderos, que los hacían trabajar en su beneficio, casi sin remuneración. La consecuencia fué un gran levantamiento indígena, en 1598, que terminó con el dominio español al Sur del Bio-Bio, región donde sólo lograron mantener algunas posiciones de avanzada en la costa, en Valdivia y Chiloé, destinadas a la defensa contra invasores europeos. La Araucanía—el Flandes Indiano, como la llamó el padre Diego Rosales— significó una sangría sin igual. Se luchó encarnizadamente durante 343 años, desde 1540 hasta 1883, sin tregua y sin reconocer cuartel. Más tarde, los araucanos extendieron sus correrías hasta Buenos Aires. De esta manera, la nación chilena nació en medio del ruido de trompetas y tambores, y los niños se cubrían de malla desde la primera infancia, como dice el capitán Alonso González de Nájera (1608).

Como consecuencia, terminó totalmente la explotación de los lavaderos, y los españoles se vieron obligados a dedicarse a la ganadería y agricultura. La encomienda sólo daba el derecho a percibir, dentro de un determinado distrito, la capitación, impuesto a que estaban sujetos los indios, el que se pagaba por medio de trabajo (mita). De hecho, los encomenderos comenzaron a apropiarse, sin embargo, de las tierras, constituyendo en ellas haciendas (explotaciones agrícolas), trabajadas con la ayuda de los indios encomendados. Se mezclaron con éstos (a fines del siglo XVI había en Chile 1050 españoles y sólo 50 españolas) y dieron así su origen a una raza mestiza, con aporte español predominante (por el mayor número de vástagos que tenía cada español y la mayor sobrevivencia de esta raza, no afecta en grado tan intenso al impacto de epidemias introducidas desde Europa, que hacían estragos entre los indios, que no disponían de inmunidad contra ellas). El encomendero se transformó en hacendado y el indio en inquilino (obrero adscripto a la gleba). El primero perdió su raza y cultura españolas y el segundo su ascendencia indígena, formando ambos un pueblo uniforme, unido, el chileno. González de Nájera dice que a principios del siglo XVII ya existía, y es efectivo que en aquel siglo ya desapareció la lengua mapuche en toda la región central. Este proceso de amalgamación fué favorecido por un relajamiento cultural: toda la población, incluso el encomendero, se "ahuasó" (el huaso equivale al gaucho, *mutatis mutandis*). Puede lamentarse este hecho desde un punto de vista teórico: prácticamente fué la condición esencial para que se pudieran fusionar ambos pueblos. Es por eso que, espiritualmente, el pueblo chileno llegó a constituir una unidad tan definida. Por lo demás, es éste el único caso en América, en que la fusión resultó completa. Fuera de Chile, se encuentran condiciones semejantes sólo en algunas provincias de Argentina, pero aquí la población indígena era, por lo general, mucho más primitiva que la araucana, lo que impedía un acercamiento, y, además, la intensa inmigración europea no española posterior cambió la composición étnica. En Chile

también hubo tal inmigración europea desde el siglo XIX, pero ella fué de menor proporción y se limitó a una selección de elementos calificados, principalmente de europeos del Norte (británicos, franceses, alemanes, etc.), que fueron amalgamados igualmente. La inmigración sureuropea moderna (italianos, españoles) fué tardía y tuvo menos influencia.

Indudablemente, el hecho más importante de la historia social de Chile fué el gran levantamiento araucano de 1598. Desde el punto de vista económico y sociológico, separó dos períodos: el siglo del oro, del siglo del sebo, para emplear la terminología de Vicuña Mackenna. Si no hubiera ocurrido, la nación chilena habría sido minera: porque ocurrió, se hizo campesina. Así, se comprobó una vez más la veracidad de la sentencia que la guerra es el padre de todas las cosas. Un pueblo minero es fantástico, lijero, ágil y tiene mucho del aventurero y especulador. Un pueblo campesino está arraigado al terruño, es tradicionalista, empírico, realista, de pensamiento sobrio e incluso enemigo de grandes empresas. Además, es anti-teórico. No será difícil reconocer todas estas cualidades en el chileno actual, aun cuando el impulso que recibió la minería del Norte Chico en el siglo XIV le transmitió muchas condiciones del minero, lo que se manifiesta en ciertas contradicciones intrínsecas que hay actualmente en su mentalidad.

Las haciendas de los siglos XVII y XVIII estaban dedicadas primordialmente a la ganadería. Se criaban y beneficiaban anualmente grandes cantidades de reses, pero como la población era escasa y se carecía de técnica que permitiera conservar la carne, sólo se utilizaban el sebo (para el alumbrado de las minas del Perú) y los cueros, quemándose la carne. En los terrenos cercanos a los puertos había chacras, que producían cereales, leguminosas, vino, hortalizas, frutas, etc., exportadas al Perú, país que era abastecido desde Chile. Cada hacienda era un pequeño feudo autárquico. Vivían en él el hacendado, con su mayordomo, los capataces y un gran número de inquilinos. La población se arraigó totalmente en el campo, al extremo que las poblaciones fundadas por los españoles en el siglo XVI casi desaparecieron. En el siglo XVIII, el Gobierno colonial reconoció que esta rustificación de la población implicaba un gran retroceso espiritual, por lo cual procedió artificialmente a fundar un gran número de pueblos, convencido que el progreso social no era posible sin vida urbana. Con todo, a fines de la Colonia, de 660.000 habitantes con que contaba el país, sólo unos 100.000 vivían en pueblos, contando la capital 30.000, Concepción 5.000 y Valparaíso y La Serena 4.500.

EL AUGE DE LA MINERIA

Sólo en el siglo XVIII iniciése de nuevo un auge de la minería, primando la producción de minas de oro, al lado de las cuales la explotación de la plata y del cobre era secundaria. A fines de la Colonia, cerca del 75 % de las exportaciones eran mineras y el 25 % agrícolas. No obstante, la inmensa mayoría de la población vivía al margen de las minas, pues éstas se explotaban

casi totalmente en el Norte Chico (provincias de Atacama y Coquímbo) y en Aconcagua y Santiago, en parajes cordilleranos, ocupando escasos obreros.

El gran auge minero sólo ocurrió en el siglo XIX. En la época de la emancipación, Chile tenía un economista de gran envergadura: Manuel de Salas, quien sostuvo que la apertura de los puertos al tráfico internacional colocaría a esa más lejana de las colonias españolas, a ese "Ultimo Rincón del Mundo", como se ha llamado a Chile, en el centro de él. Fué esta idea de gran influencia sobre la lucha por la emancipación, y anticipó en forma genial su consecuencia. En efecto, derogando el monopolio del intercambio ejercitado por España, los puertos chilenos comenzaron a poblarse de buques de todas las naciones, que llegaban en demanda de su producción minera, capaz de resistir los altos fletes que regían en aquel tiempo.

Ocurrió la feliz coincidencia de que se descubriera el riquísimo mineral de plata de Chañarcillo (1832), al que se agregaron muchos otros, entre ellos también numerosísimos de cobre, como el de Tamaya (1834). El centro económico del país se desplazó al Norte Chico, donde la actividad minera adquirió caracteres febriles. Hubo en esa región una inmigración de 10.000 argentinos, muchos de ellos refugiados políticos. Copiapó se transformó en un centro capaz de contratar al elenco de la Opera de París. La producción mundial de cobre tenía su centro en esa región, alcanzando en el promedio anual de 1871-80 a 46.000 tons., a la que cabe agregar una de 212.000 kg. de plata.

Este desarrollo fué favorecido por la estabilidad política creada por el genio de Diego Portales (Lircay, 1830), quien terminó el breve período de anarquía que siguió a la caída de O'Higgins (1824), instaurando un régimen autoritario, austero, nacional, no-clasista, conservado a través de una serie de presidencias ejemplares, cuya culminación fué indudablemente la de Manuel Montt (1851-61), quien entregó a su sucesor las arcas fiscales con una reserva de fondos equivalente al gasto presupuestario total del ejercicio siguiente.

De esta manera, la pobrísima colonia que había sido Chile, se transformó en un país próspero y progresista, colocándose a la cabeza de sus hermanos del continente. Bajo Montt, la mortalidad del país fué de sólo 22 por mil habitantes, cifra muy inferior a las de las naciones europeas de la época, en que no bajaba de 26 por mil. Indudablemente, este dato refleja un alto standard de vida de la población.

Se formaron en el Norte Chico grandes fortunas, que permitieron industrializar la región central. Copiapó fué unido en 1850 con Caldera por un ferrocarril, primero de la América del Sur. Capitales nortinos financiaron el ferrocarril de Valparaíso a Santiago. Vicuña Mackenna —en su pintoresco lenguaje— dice que hay que buscar los bocatomas de los canales de regadío construídos en la zona central, en las bocaminas del Norte Chico, pues con capitales formados en la minería ellos fueron construídos. La explotación de las minas de carbón de la zona de Concepción fué igualmente una

iniciativa de ellos. Y así podrían citarse fábricas, grandes firmas exportadoras e importadoras, bancos, etc., que se formaron a base de ellos.

Aquella minería y sus derivaciones eran netamente nacionales, faltando casi por completo la participación del capital extranjero en ellas. Chile, cuya mentalidad se caracteriza hoy día por su espíritu críticón, inconformista y un tanto pesimista, era en aquel tiempo un país esencialmente optimista, como lo es actualmente Argentina.

Y este optimismo no sólo era una simple actitud mental, sino se exteriorizaba por la voluntad de actuar conforme a él, cifrándose las mayores esperanzas en el futuro desenvolvimiento económico. Se tomaron, nor ejemplo, todas las medidas del caso para realizar una gran ofensiva exportadora de productos agrícolas, para cuyo efecto se aplicó una técnica moderna de gran eficiencia: semillas de calidad, mecanización de las faenas, reproductores finos, métodos intensivos de trabajo: procedimientos que hoy día vuelven a estar de actualidad, eran el tema del día por 1860 en Chile, cuando una falange de agrónomos y veterinarios franceses fueron llevados al país, a fin de realizar esos propósitos. Buenos Aires, por ejemplo, consumía en aquel tiempo trigo chileno.

LA GRAN CRISIS ESTRUCTURAL

El cuadro que se acaba de desarrollar acerca de la economía chilena anterior a la Guerra del Pacífico, no puede ser más halagüeño. Cabe agregar, todavía, que el optimismo ambiente fué reforzado en grado máximo por el feliz desenlace de la Guerra del Pacífico (1879-83), librada contra el Perú y Bolivia, dos naciones de población mucho mayor y de mayores recursos.

A toda la riqueza formada en el país se agregó ahora el monopolio mundial del salitre, del yodo, del guano de covaderas y del bórax, fuera de la incorporación de minas de gran importancia, como las de Huantajaya y Caracoles. El salitre solo tenía —según la lógica— que dar un impulso fantástico al país.

Ocurrió todo lo contrario de lo esperado: se inició desde la Guerra del Pacífico un período de grandes calamidades económicas, sociales, políticas.

Hasta 1878, el peso chileno había mantenido inalterable su valor, que era igual al del dólar oro (48 peniques). En ese año comenzó a descender. Dos veces se hicieron grandes esfuerzos para estabilizarlo: la primera a 18 peniques (1895-98); la segundo, a 6 peniques (1926-31). Ambas tentativas fracasaron, y hoy día su poder comprador equivale a menos de medio penique oro, es decir, a la centésima parte del que tenía hasta 1878.

Lejos de cumplirse los vaticinios acerca de la ofensiva exportadora agrícola, la población comenzó a consumir lo que producían los campos, e incluso hubo, desde poco después de 1900, necesidad de importar grandes cantidades de ganado. La agricultura se limitó a abastecer el mercado nacional, y los escasos saldos exportados no alcanzan para pagar los que es preciso importar en productos agrícolas.

La minería metálica experimentó un retroceso gravísimo, y sólo pudo conservarse, por fundarse tres grandes plantas cupríferas en Chuquicamata, Potrerillos y El Teniente por empresas norteamericanas, más una de hierro en El Tofo, que pertenece igualmente a ese capital. El resto de la minería metálica es insignificante.

El salitre fué desnacionalizado casi totalmente en pocos años. Estuvo sujeto en el siglo actual a una creciente competencia de parte del ázoe artificial. En 1913, la producción había logrado un máximo de 3 millones de tons. En 1926, la firma Guggenheim, de Estados Unidos, hizo un esfuerzo para salvarlo, invirtiendo unos 30 millones de dólares en la planta de María Elena, a la que agregó en 1930 la de Pedro de Valdivia, de igual importancia, basadas en un nuevo procedimiento mecanizado y gran economía de energía térmica. Se organizó toda la industria en una inmensa empresa, la Cosach (Cía. de Salitre de Chile), en que la mitad del capital era fiscal. No obstante, la producción actual es inferior a la mitad de la que hubo en 1913.

La balanza de pagos se mantuvo desequilibrada desde la Guerra del Pacífico en adelante. Enrique Molina, Presidente de la Universidad de Concepción, expresó que los chilenos eran civilizados en consumir y bárbaros en producir.

Toda la vida de la nación fué internacionalizada. Si no fuera por las 6 grandes plantas mineras ya indicadas, pertenecientes al capital norteamericano, el país carecería casi totalmente de divisas y tendría que llevar una vida lánguida, semi-colonial, campesina.

La mejor exteriorización de esta formidable crisis —de esta “eterna crisis chilena”, como alguna vez la llamé— es que la mortalidad del país, en vez de disminuir en la edad de la higiene y sanidad en que vivimos, comenzó a aumentar, hasta 33 por mil a fines del siglo, manteniéndose a ese nivel hasta 1920. Era, pues, en 50 % mayor que en la época de Manuel Montt.

Para colmar las calamidades, la revolución de 1891 destruyó el austero régimen portaliano, colocando en su lugar una anarquía parlamentaria.

Como se ve, todo un cúmulo de síntomas alarmantes. El gran economista e historiador Francisco Encina sintetizó sus rasgos esenciales en 1912 en su obra: “Nuestra inferioridad económica”, atribuyendo las causas a defectos esenciales de la raza. Dejando a un lado que no se trataba sino de una crisis transitoria, de índole estructural, su análisis es absolutamente acertado.

Lo que destaca, en primer lugar, son dos hechos evidentes: a medida que se ocupó el ecúmene agrícola, se tuvo que recurrir a terrenos cada vez menos fértiles, para atender las necesidades del mercado. Con iguales costos, se obtenía en ellos una menor producción, es decir, los costos de producción por unidades producidas eran crecientes. De la misma manera, el agotamiento de los minerales superficiales y de altas leyes, obligaba a recurrir a los ubicados a mayores profundidades y menos abundantes, lo que implicaba igualmente costos crecientes. En términos mineralógicos, lo que ocurrió fué que se agotaron los yacimientos de enriquecimiento secundario. En efecto, las vetas que se habían formado al surgir el batolito de diorita andina, ha-

bían estado sujetas durante millones de años a la destrucción de la cubierta de la tierra por la erosión, que la había rebajado en centenas o miles de metros, como consecuencia de lo cual los minerales habían migrado hacia abajo en las mismas vetas, concentrándose cerca de la superficie. Era aquí muy fácil explortarlos, lo que hacía el barretero con la ayuda de una barreta, un combo y un poco de pólvora, siendo transportados a la superficie en el capacho de cuero (bolsa) que el apir llevaba sobre el hombro. La mina era profundizada, siguiendo a la veta al interior de la tierra, en forma más o menos vertical.

Pues bien, frente a esta ley de costos crecientes que se manifestaba tanto en la agricultura como en la minería, los precios de los productos comenzaron a descender desde 1875 en adelante, alcanzando los de exportación de Chile en 1895 a más o menos la mitad del nivel que habían tenido veinte años antes. De esta manera, se conjugaron dos factores adversos: costos crecientes en el interior, precios descendientes en el exterior. El resultado fué la crisis estructural ya aludida.

¿Había una manera de supeditarla? Encina ya señaló el camino en 1912: lo que cabía hacer, era aplicar la técnica moderna, es decir, reemplazar la explotación rutinaria, sencilla, empírica, primitiva, por una que aplicara la organización racional de empresas grandes y la ciencia al servicio de la economía por medio de procedimientos mecanizados y de alta eficiencia.

¿Qué se requería para hacerlo? Pues bien, organizadores modernos de empresas, ingenieros, químicos, obreros especializados, capitales ingentes. Todo eso faltaba, sin embargo, ni es posible improvisarlo, pues requiere tiempo. Una nación no puede cambiar su espíritu en veinte años. Además, aunque lo pudiera, le faltarían los recursos para implantar la nueva técnica, basada en el uso de maquinarias, que tiene que importar. En efecto, es evidente que al no continuar las exportaciones agrícolas y mineras, conservándose, en cambio, los hábitos de consumo, que implicaban grandes importaciones, la balanza de pagos tenía que tornarse pasiva. ¿Cómo obtener, entonces, divisas adicionales para realizar la transformación de los equipos técnicos? En parte, el capital extranjero substituyó esa falta de divisas, organizando empresas modernas, lo que nos explica la internacionalización de la economía. De esta manera se impedía, sin embargo, la formación de nuevos capitales en el país, ya que las utilidades salían de él. Una solución habría sido la nacionalización de las empresas por el Estado. El único que la intentó fué el Presidente Manuel Pardo, del Perú, quien nacionalizó la industria salitrera antes de la Guerra del Pacífico, para lo cual hubo de pagar el valor de las empresas: el capital internacional le denegó, sin embargo, los recursos para hacerlo, y así esa nacionalización fué un simple despojo. En Chile habría sido ingenuo proponer tal solución a los gobiernos de aquel tiempo, pues todos eran estrictamente liberales, esperando milagros de la economía privada.

Por lo demás, esa transformación no era un problema sencillo, al extremo que ni los capitalistas británicos, ni los alemanes o franceses fueron

capaces de realizarla en Chile, siendo algunas empresas norteamericanas las únicas que tuvieron éxito, y todavía se puede poner en duda si sus inversiones en la industria salitrera deben considerarse realmente como una buena inversión.

La crisis fué agravada, todavía, durante los últimos dos decenios, es decir, desde 1931. Hasta entonces hubo interés de parte del capital internacional, por hacer inversiones en Chile, tanto en empresas particulares como en bonos fiscales. Su monto total se elevó a 1.111 millones de dólares. Desde la crisis de 1931 en adelante, en cambio, estas inversiones han sido totalmente paralizadas, y ni siquiera el Estado ha podido obtener créditos, con la única excepción de los que facilita el Import and Export Bank, los que están destinados más bien a financiar las exportaciones norteamericanas. A pesar de ello, el Estado chileno ha seguido amortizando su deuda externa, destinando a este fin casi todas divisas que le suministran las industrias de salitre y cobre, por concepto de impuestos.

LA LEY DEMO-DINAMICA DE WAGEMANN

En su obra "La población en el destino de los pueblos", el Director del Instituto de Economía de la Universidad de Chile, Ernesto Wagemann, ha dado a conocer una ley por él descubierta, que es interesante citar, para explicar la crisis estructural de Chile, pues ella demuestra que ésta no constituye un caso especial, sino general.

Tuvo la ocurrencia de agrupar la renta nacional por activo de 28 países y la mortalidad infantil de 37 naciones, como también el valor del intercambio exterior por habitante de 63 países, según su densidad de población, conforme al esquema que se desprende del cuadro que sigue:

RENTA NACIONAL POR ACTIVO, MORTALIDAD INFANTIL Y COMERCIO EXTERIOR (Prom. de 1925-34)

DENSIDAD DE POBLACION (Habts. por Km. ²)	Renta por activo US \$	Mortalidad infantil ‰ nacidos	Intercambio \$ de 6 peniques
0-10	755	60	265
10-30	695	95	167
30-45	770	66	316
45-80	420	126	112
80-30	576	93	368
130-190	492	96	169
190-260	962	48	} 699
260-más	600	86	

Puede observarse que los datos precedentes indican alternaciones sumamente curiosas. En países con densidad baja (0-10 habitantes por Km.²), la renta por activo es elevada, la mortalidad infantil baja y el monto del intercambio exterior elevado. Cuando la densidad aumenta de 10, y hasta alcanzar 30, la situación se torna desfavorable: baja la renta y el intercambio y sube la mortalidad. En el grado de densidad siguiente (30-45), vuelve a presentarse una situación favorable, y así sucesivamente. Es la ley demo-dinámica, o de las alternaciones demo-dinámicas.

Las causas de ellas son exactamente las que se manifestaron en la economía chilena, en el período anterior y el posterior a la Guerra del Pacífico. Con escasa población, un país produce relativamente mucho por habitante, pues los suelos vírgenes son fértiles y tienen buenos rendimientos. Aún sin emplear abonos y con una técnica rudimentaria, resultan fuertes saldos exportables, los que permiten importar cantidades considerables de manufacturas. Resulta así una renta elevada por activo, un intercambio apreciable por habitante y una baja mortalidad infantil (índice negativo para expresar el standard de vida).

Al exceder la densidad de 10, la población comienza a absorber la producción agrícola, por lo cual se ve reducido el intercambio por habitante. Debería crearse ahora una industria nacional, al menos de bienes de consumo (industria liviana), pero se presentan toda clase de dificultades: falta de organizadores, de técnicos, de capitales, de divisas para importar las maquinarias y materias primas, competencia de los países ya industrializados. El resultado es un desequilibrio de la balanza de pagos, la baja de la moneda, un descenso de la renta por activo y del intercambio exterior por habitante, y un aumento de la mortalidad infantil. Sólo al llegar la densidad a 30, estas dificultades son subsanadas, volviendo a presentarse una situación general favorable hasta que ella alcance a 45. Luego se presenta una nueva crisis estructural, debido a la dificultad para formar la industria pesada (de bienes de producción), transformar la agricultura del latifundismo en explotaciones pequeñas y medianas (reforma agraria), etc. Se salvan estas dificultades en el grado de densidad de 80-130, pero en seguida vuelven a presentarse las inherentes a la formación de industrias de lujo, etc.

Para aplicar a Chile la ley de Wagemann, cabe tener presente que su ecúmene es de 200.000 km². Conforme a él, justamente en 1875 el país alcanzó a tener una densidad de 10, es decir, entró a una zona desfavorable, ocurriendo todo aquello que, como lo manda la ley, debe pasar a un país. Debo advertir que la ley demo-dinámica no se basa, sin embargo, en la experiencia chilena, sino que se formuló sin tomarla en cuenta, pues es de validez general.

La economía chilena alcanzó, después de la Guerra del Pacífico, su punto álgido justamente cuando Encina escribió su obra ya citada, es decir, por 1912. Desde entonces, la situación general ha comenzado a mejorar paulatinamente, en especial en los últimos años. Este hecho se manifiesta, por ejemplo, en que la mortalidad general ha descendido actualmente a 16 por

mil, conservándose la natalidad a un nivel de 37-38 por mil. De esta manera, el incremento anual de la población es de 120-130.000 al año. Actualmente, la densidad es de 29, y en 1952 ella entrará a la zona favorable de 30. Chile alcanzará, por consiguiente, un nuevo período de desarrollo favorable, mientras tenga entre 6 y 9 millones de habitantes, volviendo a presentarse un período difícil, tan pronto exceda de ese nivel (siempre que, en atención al conocimiento de la ley que ya tenemos, no se adopten medidas para contrarrestar sus efectos, lo que es, por supuesto, perfectamente posible).

Con estos antecedentes y experiencias a la vista, cabe pasar ahora revista a las posibilidades que ofrecen las diversas ramas de la economía chilena y las medidas que se han adoptado para salvar la crisis estructural.

ESPIRITU GENERAL

No sería objetivo, afirmar que en una época de crisis, que siempre presenta un estado de transición de una situación a otra, exista unanimidad de voluntades y opiniones en un país. La uniformidad sólo existe cuando una crisis ya ha sido superada.

En Chile luchan actualmente dos mundos por el predominio: uno que podríamos denominar del pasado y otro del futuro. Aquél pretende conservar "el peso de la noche" —como dijera Portales— de una economía tradicionalista, primitiva. Vé que no puede lograrlo, pues la ley de costos crecientes lo hace imposible. Recurre, por consiguiente, al expediente monetario para salvarse, es decir, pretende reducir el tipo del cambio, hacer emisiones de papel moneda, incluso para financiar empresas. Cada baja de la moneda le aporta un alivio y prolonga su agonía. Incluso, cuando ella es violenta, le proporciona utilidades, al menos aparentes. Es indudable que el descenso del valor del peso chileno a la centésima parte, desde 1878, debe atribuirse, al menos en parte, a él.

Frente a él ha surgido, sin embargo, un nuevo mundo, moderno, racionalista, técnicamente capaz. La universidad, la escuela técnica e industrial e incluso la escuela primaria, se han esmerado en formar técnicos y obreros especializados. La Universidad Técnica Federico Santa María, de Valparaíso, puede citarse como un modelo de este espíritu, pero en realidad toda la enseñanza, toda la administración pública, están hoy día embuídas en él.

No tiene que luchar solamente contra el mundo del pasado, sino también contra el de la política, debido a que la herencia de la revolución de 1891 pesa todavía gravemente sobre el país, con partidos múltiples, subdivididos grotescamente, anacrónicos, en que el politiquero, que nada sabe de nada, tiene una influencia preponderante, tomándose a menudo acuerdos, no con criterio técnico y conocimiento de causa, sino con criterio partidista, prestando atención a la próxima elección.

No obstante, también en este terreno las cosas han ido mejorando lentamente, y hay ya algunos partidos que están al nivel de la época en que vivi-

mos. Considerando el término medio de la opinión política, se manifiesta en ella hoy día un criterio de sensatez.

Independientemente de la esfera política, la economía misma está reaccionando violentamente en sentido favorable. Se han formado numerosas empresas modernas en todo orden de actividades, que aplican un alto grado de eficiencia técnica y que están bien dirigidas.

Pero también dentro de la esfera de la política, el Estado ha emprendido la realización de una serie de grandes empresas, que la iniciativa particular no ha querido tomar a su cargo. Más aún, organizó en 1939 para este fin una gran entidad, la Corporación de Fomento de la Producción, que recibe cuantiosos fondos tomados del presupuesto ordinario del Estado, para invertirlos en empresas de magnitud. Una vez financiadas éstas, las independiza. Muchas de ellas representan combinaciones de capital público y privado.

Es así que la economía chilena representa hoy día una considerable diferenciación y diversificación. Una buena ilustración la obrece la distribución de los ocupados y de la renta nacional por actividades.

DISTRIBUCION DE LOS OCUPADOS Y DE LA RENTA NACIONAL

(Por ciento del total)

Ramas	Ocupados	Renta nacional
Agricultura y pesca	33	16
Minería	5	10
Industria	23	22
Comercio	14	25
Servicios	21	18
Varios	4	9
TOTALES	100	100

Este reparto es similar al de países industriales europeos, como Bélgica, Alemania, Holanda, Checoslovaquia.

La renta nacional es elevada. Considerando las cifras de Colin Clark, que las expresa en dólares de igual poder comprador, ella era en 1925-34 en Chile de 760 dólares por activo. Sólo 8 de los 28 países que él analizó tenían una renta mayor: Estados Unidos (1.397), Canadá (1.380), Gran Bretaña, (1.069), Suiza, (1.036), Nueva Zelandia, (1.000), Australia (952), Holanda (855) e Irlanda (770).

No obstante, no cabe duda que el reparto de la renta es en Chile menos favorable que en países como Alemania, Francia, Suecia y otras naciones, en que el promedio individual es inferior. También es mucho menos favorable que en Argentina (país no incluido por Clark en su estudio).

La diferencia consiste en que en todas esas naciones una proporción mayor de la renta corresponde a las clases medias, mientras que en Chile se polariza más la riqueza en una pequeña clase pudiente, frente a la cual existe una gran masa con standard de vida bajo. De esta manera, el promedio por activo expresa poco, y sería preferible calcular la renta por grupos de rentas individuales.

Cabe observar, sin embargo, que esta polarización ya no es tan extrema como antiguamente. La industrialización ha permitido mejorar apreciablemente la situación del obrero, sobre todo la del especializado, cuyas rentas se han ido ajustando rápidamente al aumento del coste de la vida, experimentando a veces incrementos mayores que éste. Leyes como la del pago de la semana corrido, que es obligatoria, han mejorado también los hábitos del obrero (según esa ley, quien no ha faltado injustificadamente en ninguna jornada durante la semana, recibe el salario equivalente a siete días).

Recientemente, la clase media, por su parte, se ha organizado gremialmente en una sola gran federación, que ha adquirido gran influencia política, imponiendo al Gobierno una política en beneficio de ella. El Ministro de Hacienda actual, Carlos Vial, ha manifestado expresamente que su política financiera tiende a reestructurar el reparto de las rentas recortando las excesivas y robusteciendo a la clase media, con el fin de constituir una sociedad más justa. Cabe advertir que en Chile la legislación social moderna ya fué introducido en 1924 (cajas sociales, ley de accidentes del trabajo, arbitraje obligatorio, etc.) y que los sueldos de los empleados particulares son ajustados anualmente, en Enero, conforme al alza del coste de la vida. Así el salario mínimo actual para Santiago es de pesos chilenos 3.800 al mes. Vial ha dicho que su política, además, que ella representa una revolución social.

LA INFLACION MONETARIA

Como ya se indicó, la desvalorización monetaria ha sido extraordinariamente violenta en Chile y se está produciendo desde 72 años, de manera que el país ha adquirido una experiencia muy grande en esta materia. Especialmente interesante es ésta, si se tiene presente que su prolongación durante un lapso tan largo ha creado una mentalidad especial en la población, dirigida tanto a defenderse contra la merma de sus rentas, como a proteger sus ahorros contra la destrucción de su valor. Por otra parte, no han faltado tentativas para poner atajo al fenómeno, y puede asegurarse que todos los gobiernos habidos desde la Guerra del Pacífico se han empeñado en este sentido, en forma seria, sin tener éxito definitivo.

Una de las características creadas en la mentalidad de la opinión pública frente a la desvalorización, ha consistido en un repudio de toda inversión en valores a rédito fijo, es decir, bonos fiscales, hipotecarios, industriales y depósitos bancarios. Es fácil imaginarse lo que esto significa.

El Estado se vió privado, desde 1931, del capital extranjero que hasta entonces le facilitaba empréstitos, y no pudo reemplazarlos por la colocación de bonos en el mercado nacional. Para no carecer totalmente de este recurso, obligó a las cajas sociales a suscribir bonos, pero éstas se resisten a hacerlo, alegando que se trata de un despojo de los fondos de sus imponentes. De la misma manera, los bancos carecen de suficientes recursos para sus operaciones de crédito. Falta, por consiguiente, en la economía chilena, uno de los arbitrios más interesantes y valiosos del sistema capitalista: los fondos de inversionistas que buscan una colocación segura y que están dispuestos a conformarse con un rédito modesto, precisamente en atención a esa seguridad. Es así que el interés bancario es exorbitante en Chile: de hecho, un 12 %, y todas las medidas emprendidas para reducirlo, han sido infructuosas.

El proceso inflacionista ha perjudicado, sin embargo, también a las inversiones en acciones. Podría parecer esto paradójico a simple vista, ya que estos valores no están sujetos a un rédito fijo, pudiendo ajustarse a la inflación. En la práctica, la política tributaria lo impide, ya que ella no reconoce tal ajuste. Si desde 1930 hasta la fecha el coste de la vida ha subido en la proporción de 1 por 10, tanto el valor de las acciones, como los dividendos que pagan, deberían haber aumentado en la misma proporción, para poder considerar la inversión como de valor estable, expresado éste en poder comprador. De hecho, el aumento no alcanza a la proporción de 1 por 5. Y es ello una consecuencia de que el Estado considera el aumento de las utilidades (que es ficticio, por corresponder a la inflación) como ganancia extraordinaria, imponiéndole fuertes tributos.

De esta manera, los inversionistas consideran como más seguras las colocaciones de sus fondos en bienes raíces y edificios. Como consecuencia, el metro cuadrado en el centro de Santiago (1,5 millones de habitantes) vale más que en la City de Londres (10 millones de habitantes, centro de un inmenso imperio), y los terrenos agrícolas en los alrededores de la capital chilena tienen un precio mayor que en los de la francesa.

Estos desplazamientos de las inversiones producen por supuesto, graves consecuencias sobre la marcha de la economía. Su causa es la inflación, pero ellas mismas ocasionan nueva inflación, por cuando el Estado y los bancos, a fin de poder realizar sus fines, recurren a nuevas emisiones, para lograr fondos.

El proceso ha sido acentuado en los últimos años por la política social. La instauración, en 1938, de un Gobierno de Frente Popular, de tendencia izquierdista, redundó en un alza permanente de los salarios. Ha habido una reacción en contra de esta política, de parte de la derecha, pero su intervención no ha sido menos feliz, pues se limitó a procurar compensar las alzas de salarios por aumentos en los precios. La consecuencia fué que izquierda y derecha se esforzaran, en grado máximo, en llevar adelante la inflación: aquella mediante alzas de los salarios; ésta, de los precios. La víctima era el país.

Hoy día predomina en la inmensa mayoría de la opinión pública, como también en el Gobierno, la convicción de que es preciso poner atajo a este juego con los destinos nacionales, a esta locura colectiva.

Una comisión de expertos de la U.N., contratada por el gobierno e integrada por economistas suecos, ha propuesto una solución para el problema, que merece ser destacada. Sus proposiciones han sido aceptadas por el Gobierno, encontrándose pendiente la discusión de los respectivos proyectos de leyes en el Congreso Nacional.

Trátase de una serie de medidas conjugadas de gran trascendencia. Su esencia consiste en congelar los salarios y precios. Por supuesto, no basta una simple declaración para lograrlo, ni tampoco la voluntad de hacerlo: las leyes económicas siguen actuando, aún cuando se les oponga la voluntad política. La misión ha podido constatar que hay en Chile una desproporción entre el poder comprador de la población y el monto de bienes de consumo disponibles. Es preciso, por consiguiente, poner en armonía ambos factores. Con una renta nacional estimada para 1950 en un total del orden de 100 mil millones de pesos chilenos, el excedente de poder comprador se estima en el 8 % de ese valor. Por consiguiente, es necesario eliminar ese excedente en 18 meses, lo que se propone hacer mediante un ahorro obligatorio de toda la población. Se hará efectivo éste de la siguiente manera: el obrero pagará, junto con la cuota del seguro obrero, un 5 % de ahorro, por medio de un descuento que se le hará, pagando las estampillas correspondientes en su libreta de seguro, semanalmente. El empleado, tanto particular como fiscal, experimentará igual descuento por planilla. Para el resto de la población, el ahorro se hará a base de la declaración del impuesto a la renta, pagando las rentas inferiores a pesos chilenos 150.000 un 5 % y las mayores, un 10 %. Las sumas así reunidas serán traspasadas al Banco Central, el que las empleará para conceder créditos destinados a incrementar la producción de bienes de consumo; los fondos aportados por los obreros podrán ser destinados también a la construcción de viviendas populares. Las sumas así reunidas devengarán un interés del 10 %, que pagará el Estado, y se hará una gran campaña de propaganda, a fin de inducir a los interesados a aceptar la devolución del ahorro obligatorio en forma de acciones, o sea, se procurará transformar el ahorro obligatorio transitorio, en un ahorro voluntario permanente. La idea fundamental consiste en reducir el poder comprador de la población, aumentar la producción y restablecer así el equilibrio entre la oferta y demanda de bienes, impulsando al mismo tiempo la producción, mediante una inversión de ocho mil millones de pesos tomados de la población. Lógicamente, la destinación de estos fondos será dirigida.

Como complemento, la misión ha propuesto ordenar los presupuestos fiscales en el sentido de obtener grandes excedentes en las entradas, a fin de poder destinarlos igualmente al fomento de la producción y a la realización de obras públicas.

De esta somera descripción del procedimiento se desprende que se

procura transformar en virtud el flagelo de la inflación. Sin necesidad de incrementar el circulante, se transformará en capital una parte considerable del poder comprador que hoy día se manifiesta como demanda de bienes de consumo, o bien busca colocación en bienes raíces y edificios.

LA BALANZA DE PAGOS

Las medidas señaladas en el párrafo anterior son, indudablemente, suficientes para hacer desaparecer las causas interiores de la desvalorización monetaria. No lo son, sin embargo, para remediar las externas.

En realidad, la causa principal de la baja del valor del peso chileno no fué, en el período que siguió a la Guerra del Pacífico, la inflación interior, sino el desbarajuste de la balanza de pagos.

Como ya se expresó, desde aquella época en adelante, la economía chilena, considerada en conjunto, estuvo afectada a la ley de costos crecientes, tanto en la agricultura como en la minería. Al mismo tiempo, la crisis en que entró estuvo sujeta, entre 1875 y 1895, a una onda depresiva de larga duración, que hizo bajar el nivel de los precios de productos de exportación a cerca de la mitad. De esta manera se conjugaron dos factores adversos: costos crecientes en el interior, precios descendentes en el exterior. La consecuencia fué la crisis monetaria.

Se han adoptado los más diversos sistemas para conjurarla. Hasta 1878 regía un sistema monetario basado principalmente en el padrón de plata. El descenso del precio de este metal (desde 1874) fué la primera causa del descenso del peso. Se estableció desde 1878 hasta 1926 el sistema del cambio libre, es decir, el valor del peso era determinado por la oferta y demanda de divisas en el mercado libre, sin restricciones de ninguna especie para las exportaciones e importaciones. Entre 1895 y 1898 se procuró establecer el padrón de oro, a base de 18 peniques por peso: la tentativa fracasó, lo que evidenció que no era capaz de afrontar un desequilibrio casi crónico de la balanza de pagos. En 1926, cuando el cambio del peso había descendido a 6 peniques, se trató de estabilizar nuevamente la moneda, a ese nivel, creando el Banco Central, dotado de una reserva de oro del 100 %, con respecto al monto del circulante, y estableciendo el gold exchange standard. La crisis de 1931 hizo malograr nuevamente la estabilización. Se introdujo entonces el sistema de control de cambios, en el sentido de que correspondía al Estado fijar el tipo de cambio, supervigilar el retorno de divisas por los productos exportados y autorizar las importaciones, lo que debía hacer —en teoría— sólo conforme al monto de las divisas disponibles. Lógicamente, se habría podido suponer que, de acuerdo con este sistema, debió haberse logrado la estabilización del valor exterior de la moneda, ya que se estableció un equilibrio entre la oferta y demanda de divisas, limitando esta última al monto de la primera. En la práctica no ocurrió así, sin embargo. En 1930, el dólar oro valía pesos chilenos 8.20. La baja de los precios durante la crisis de 1931 aconsejó com-

pensarla por medio de una devaluación monetaria, fijándose el cambio en \$ 19,37 por dólar. Luego se hicieron presentes presiones políticas de parte de productores de costos elevados (agricultura, pequeña y mediana minería), que solicitaban cambios especiales para poder exportar. El Estado accedió. Hubo entonces cambios preferenciales para ciertas exportaciones. El sistema se fué generalizando, diferenciándose cada vez más los tipos de cambio. Actualmente, las grandes empresas norteamericanas de cobre entregan al Estado los dólares correspondientes a sus costos de producción en el país y a la tributación a que están afectas (que es elevada), a razón de \$ 19,37; las empresas salitreras lo hacen a \$ 31.—; y sigue una multiplicidad de cambios, siendo el tipo más elevado el que se autoriza para la exportación de oro, que es de \$ 130. Hay, pues, entre el cambio más elevado y el más bajo una desproporción superior a uno por seis. La destinación de las divisas obtenidas de esta manera ha sido clasificada en tres grupos, a saber: para importaciones esenciales, necesarias y no necesarias. Las primeras comprenden, por ejemplo, artículos de primera necesidad, que se importan a \$ 31 por dólar, las últimas incluyen los automóviles (importados a razón de \$ 130.— por dólar). Como cambio para importaciones necesarias se mantuvo durante mucho tiempo el de \$ 31 por dólar, aumentado después a \$ 43 y finalmente por el Ministro de Hacienda Jorge Alessandri a \$ 60. El actual Ministro de Hacienda, Carlos Vial, ha reducido este tipo a \$ 50.—.

En el fondo, la discusión en torno a este problema, que es muy apasionada, dice relación con la crisis estructural de la economía chilena, que ya ha sido expuesta. Teóricamente, no hay producto alguno que no sea exportable, si se le concede el privilegio de un tipo de cambio suficientemente elevado. A \$ 500 por dólar es posible que se pueda exportar ripio. Ahora bien, ese alto tipo de cambio sólo puede mantenerse mientras exista una demanda de productos importados que esté dispuesta a pagarlo. En realidad, esa demanda existe, como lo demuestra el hecho que las divisas para importar automóviles a \$ 130 por dólar no son suficientes para atenderla. La propensión a importar es tan grande, que ciertos compradores de productos extranjeros están dispuestos a pagar por ellos cualquier precio, lo que revela que el poder comprador interior es extraordinariamente grande en el país. Potencialmente, Chile podría importar quizás tres o cuatro veces la cantidad de mercaderías que puede obtener actualmente.

Ante esa situación cabe fijar un criterio selectivo de lo que se debe permitir importar. Conforme a la escuela liberal, el mismo debe derivarse simplemente de la relación de los precios. Deberá obtener las divisas, según dicha escuela, quien esté dispuesto a pagar por ellas los precios más altos, es decir, en vista de que no es posible satisfacer toda la demanda, deben ser los precios los que excluyan la no atendible.

A esta escuela se opone la moderna, basada en el criterio social. Estima ella que corresponde a la sociedad hacer la selección de las importaciones, no conforme al interés de quienes quieren pagar las mayores

cotizaciones por las divisas, sino conforme a lo que ella misma considere como conveniente. Es la escuela que, al menos teóricamente, ha triunfado en Chile, pero que no ha logrado imponerse del todo, debido a las fuertes presiones políticas de la señalada anteriormente. No obstante, el Ministro de Hacienda, quien maneja de hecho la política económica del país, se cuenta incondicionalmente entre sus adeptos.

La lucha entre estas tendencias demuestra que la solución de los problemas económicos no representa un problema solamente técnico, sino que requiere la existencia de un Estado con suficiente autoridad para imponer el criterio social, es decir, presupone la solución previa del problema político.

LA AGRICULTURA

Después de este análisis general de los problemas que afectan a la economía chilena, cabe echar una rápida mirada a las ramas que la componen, a fin de exponer algunas transformaciones que se están produciendo en ellas.

La agricultura, con 20 millones de hectáreas de superficie utilizable disfruta de condiciones sumamente variables, que van de una estepa semi-árida, poblada de majadas de cabríos y ovejunos, a los terrenos regados de la región central, caracterizados por su gran feracidad. Los rendimientos medios son considerables en Chile, los más altos conocidos en América, consecuencia de los cultivos intensivos, con técnica moderna, gran uso de abonos y empleo de maquinaria. Ha habido en ella grandes desplazamientos de los cultivos. La ganadería y los cultivos se han ido retirando hacia el Sur, para ceder su lugar a plantas industriales (maravilla, cáñamo, etc.). Ocasionalmente se presenta un déficit de trigo, permanente es el de vacunos.

En la parte Norte de la región central, la antigua hacienda ha sido reemplazada en gran parte por granjas, de no más de 20 hectáreas de superficie, en que se ha desarrollado magníficamente la fruticultura. Se atribuye a ésta especial importancia, constituyendo ya un factor de importancia en la exportación. En la parte austral está siendo introducido el cultivo de la remolacha y en la septentrional, el del algodón. Se están haciendo serios esfuerzos para ampliar la forestación (con pinos insignis).

Predomina en todo sentido un desarrollo hacia la intensificación. Se manifiesta claramente ella por la colonización agrícola y el empleo del regadío mecánico, destinado a ampliar la superficie de 1,5 millones de hectáreas que ya se riega, por medio de la elevación de agua con bombas a terrenos no accesibles al regadío gravitacional. Se destinan para este objeto los excedentes de energía hidro-eléctrica en las horas nocturnas, en que baja su consumo, a precios reducidísimos. Por lo demás, se propende a la electrificación rural, por medio de cooperativas organizadas por los consumidores. En regiones completas se llevará a cabo un planeamiento agrícola, como ocurre en Aysén.

Estos ejemplos demuestran tendencias interesantes. Si se tiene pre-

sente que un tercio de la población vive de la agricultura, será un error descartar su importancia en la economía nacional. Por el contrario, existe consenso en el sentido de que es preciso fomentarla en todo sentido, no sólo para asegurar la alimentación, sino también como un elemento esencial para conservar la vitalidad de la raza. En Chile, el anhelo de poseer una fracción de terreno, es común a toda la población. Existe un entrañable cariño al terruño, que no es considerado como un mero objeto de explotación comercial, sino como un valor afectivo de alto significado espiritual.

FUENTES DE ENERGIA

Para la transformación de la economía, el país dispone de ingentes fuentes de energía.

El carbón se encuentra en la península de Arauco y en Magallanes. En Arauco es de alta calidad (7.500 calorías), pero hasta hace poco existía una opinión pesimista acerca de las reservas. Sondajes recientes han demostrado, sin embargo, que la formación es muy superior a lo estimado. En Magallanes, las reservas son prácticamente ilimitadas, cubriendo cuando menos 50.000 kilómetros cuadrados, pero la calidad es menos satisfactoria, prestándose los carbones, sin embargo, excelentemente para la destilación.

El descubrimiento de un gran yacimiento petrolífero en Tierra del Fuego (que es al parecer el mismo recientemente encontrado en la parte argentina de la Isla Grande) ha agregado al carbón un combustible líquido de gran trascendencia. Se instalarán dentro de poco dos plantas de refinación, que permitirán al país independizarse de la importación de bencina y, hasta cierto grado, de fuel oil. El consumo de ambos productos no guarda relación con la proporción que se obtenía de ellos mediante la destilación, pues fué en 1949 de 343 millones de litros de bencina y de 943.000 tons. de fuel oil y petróleo Diesel. Si se lograra producir en el futuro en Chile todo el petróleo que requiere la industria, habría un gran excedente de bencina, con que podría suplirse el déficit de Argentina. La industria petrolera ha sido totalmente nacionalizada.

La energía hidro-eléctrica de los ríos chilenos equivale a 15 millones de H.P., de los que no alcanza a explotarse actualmente el 2 %. Este solo dato revela las inmensas posibilidades que ofrece el desarrollo de la producción. Inicióse ésta en mayor escala en la región de Santiago por una compañía anglo-alemana, que pasó posteriormente a manos de los norteamericanos. En 1939, todos los recursos restantes de esta naturaleza fueron declarados de propiedad fiscal y entregados a la Corporación de Fomento de la Producción, que organizó la Endesa (Empresa Nacional de Electricidad S. A.), iniciándose, de inmediato, la construcción de una serie de grandes plantas a lo largo del país (El Molle, Sauzal, Maule, Abanico, Pilmaiquén y otras). En la etapa final, todas las plantas serán unidas en una gran red, con comando único, que distribuirá la energía hacia las partes donde sea necesaria.

Se han hecho experiencias interesantes acerca del efecto del suministro de energía barata sobre la industrialización. Ha habido casos en que se ha construido una planta, cuya producción excedía diez veces al consumo que existía en su zona en esa fecha, estimándose por muchos que era extravagante pensar en poder colocar tanta energía: no obstante, en un año la capacidad de la planta se encontraba copada, siendo necesario agregarle nuevas unidades productoras.

Indudablemente, el desarrollo sistemático de las plantas, especialmente en la región austral, permitirá exportar también energía a Argentina.

Cabe agregar que el país dispone en el Norte Grande (prov. de Tarapacá y Antofagasta) de considerables recursos termo-volcánico (geisires) ,cuya explotación ya está contemplada.

PESCA

La riqueza de la fauna marina chilena es proverbial. En los mares del Norte se presenta el fenómeno de aguas surgentes, que hacen aflorar sales nutritivas, muy valiosas para la alimentación del plancton, de que se nutren las especies mayores. Además, se mezclan aguas frías y cálidas, concurriendo a estos parajes especies de gran tamaño y excelente calidad, como la albacora y el atún, que pesan a veces más de una tonelada. Tanto aquí, como en las costas centrales se ha organizado la pesca de alta mar, con redes de arrastre, y se han instalado numerosas fábricas conserveras, que suministran pescado en aceite, en tomate, en salmuera, seco, etc., como también aceites y harinas de pescado, empleándose esta última como forraje para las vacas. En la región austral (de los canales), la riqueza en mariscos no es menos importante.

Hasta hace pocos años, la producción pesquera no excedía de 30.000 tns. Una misión pesquera alemana, a la que siguió otra norteamericana, elaboraron planes de desarrollo de la industria. Mediante una inversión moderada, la producción podía ser incrementada a más de 200.000 tons. Ya antes de ponerse en vigencia estos planes, la iniciativa particular, en conjunto con una empresa formada por la Corporación de Fomento, los cumplió en buena parte, y así en 1949 la producción ya se elevó a cerca de 80.000 tons., correspondiendo la cuarta parte de ella a los mariscos. Indudablemente, en pocos años se habrá cumplido la meta. Una parte considerable de la mayor producción está destinada a la exportación. En el último decenio, la producción se duplicó.

MINERIA

Como ya se expuso, la crisis estructural por que atravesó la economía chilena después de la Guerra del Pacífico, se debió en gran parte al agotamiento de los yacimientos metálicos de altas leyes. La aplicación de proce-

dimientos técnicos modernos constituyó un problema serio, que sólo lograron solucionar algunas grandes plantas norteamericanas.

En 1930, el Estado procedió, sin embargo, a crear condiciones que permitieron la competencia también a la pequeña y mediana minería. Organizó para este efecto la Caja de Crédito Minero. Esta institución no fué facultada, sin embargo, solamente para conceder préstamos, sino se dedicó también a la compraventa de minerales, independizando al minero de la usura del comerciante extranjero. Luego comenzó a establecer plantas de concentración, disponiendo de una red en los principales distritos mineros. Esta organización está siendo completada con una fundición nacional que se está terminando en Paipote (cerca de Copiapó), destinada a beneficiar minerales de oro, plata y cobre. Fundiendo en ella concentrados cupríferos, su producción anual podrá llegar a 30.000 tons., capacidad relativamente modesta, en comparación con la de las tres grandes plantas norteamericanas, que asciende a 470.000 tons., pero susceptible de ser ampliada. Se le agregará una planta electrolítica de cobre. La producción de oro del país alcanzó en 1940 a 10.500 Kg., siendo en la actualidad superior a la mitad de esa cantidad. La de plata alcanzó en el primero de estos años a 47.000 Kg., bajando en los años siguientes igualmente a poco más de la mitad (1940 fué un año de producción minera máxima, por la demanda ocasionada para fines bélicos). En Magallanes existen grandes placeres de oro, cuya explotación racional y mecanizada se está estudiando.

La producción de minerales de hierro se elevó en 1949 a 2.750.000 tons., con ley de 60 %, correspondiente al mineral de El Tofo, norteamericano. Parte de ellos están siendo beneficiados en la planta de acero de Huachipato (cerca de Concepción), que tiene una capacidad de 180.000 tons. de acero, susceptible de ser duplicada. Pertenece la misma a la Corporación de Fomento. Con su instalación, recién terminada, se ha dado el primer paso para la formación de una serie de importantes industrias metalúrgicas: fierro en barras, estructuras, rieles, hojalata, cañerías, etc., Los yacimientos de hierro son muy grandes en el país, y se les encuentra en ubicación favorable, siendo, además, de altas leyes (sobre 60 %). Existen, además, extensos depósitos de manganeso, plomo, zinc y otras substancias metálicas.

En lo referente al salitre, ya se mencionaron las vicisitudes por que atravesó esta industria. La lucha contra el ázoe artificial se presenta difícil, por las consideraciones estratégicas que lo apoyan. No obstante, Chile no ha renunciado a esta industria básica de su economía. Un procedimiento chileno que se acaba de comenzar a aplicar, ha abaratado considerablemente los costos de producción. Consiste el mismo en el empleo de la evaporación solar en grandes lagunas artificiales de concreto, en los que se forma una lejía que se empleará como base para desarrollar una industria química pesada de grandes proyecciones, obteniéndose de ella un gran número de materias primas de alto valor, como salitre, potasa, soda cáustica, sulfato de sodio, yodo, etc., sin excluir metales livianos, como el magnesio. Las reservas conocidas de caliche ascienden a 275 millones de toneladas de sali-

tre. Se ha procedido al mismo tiempo a la elaboración de abonos completos.

Entre las demás substancias minerales cabe citar el azufre, del que el país posee las mayores reservas del mundo, y numerosas sales. Se está trabajando activamente en un procedimiento para extraer potasa de las lavas liparíticas, contenida en ellas en un 6-8 %. Los yacimientos de liparitas cubren 150.000 km².

LA INDUSTRIA FABRIL

Como se desprende de la breve reseña anterior, la dotación del país con materias primas agrícolas y mineras, como también con fuentes de energía, es extraordinariamente completa y abundante.

Es así que se ha impuesto la conciencia de ser imprescindible una mayor industrialización. En realidad, el hecho de ocupar las industrias el 23 % de la población y de producir el 22 % de la renta nacional, demuestra que su desarrollo actual ya es considerable. Esto rige, en primer término, de las industrias de bienes de consumo que recibirán un impulso aún mayor, debido a las medidas anti-inflacionistas ya comentadas.

Se piensa, sin embargo, iniciar también dentro de poco la formación de algunas industrias de bienes de producción. Ya existe, por ejemplo, la producción de motores eléctricos, pero falta todavía la de motores de explosión.

Sería ir demasiado lejos, dar una reseña detallada de la organización industrial del país.

RESUMEN

De los antecedentes expuestos se desprende que Chile atravesó desde la Guerra del Pacífico por una grave crisis económica estructural. Su razón más profunda consistió en que, al exceder su densidad de población de 10 habitantes por Km²., se vió en la necesidad de transformar su sistema económico, pasando de una etapa netamente extensiva y extractiva, realizada con medios técnicos rudimentarios, a la aplicación de métodos racionales, tanto en la agricultura como en la minería y a formar al menos una industria de bienes de consumo propia y eficiente.

La supeditación de esta crisis requirió un lapso prolongado y significó una trayectoria difícil, pero al acercarse a una densidad de 30, la meta se presenta como cercana, siendo de esperar para los próximos años un desarrollo favorable.

Esta misma situación ha creado condiciones favorables para una más estrecha colaboración económica con Argentina, especialmente en atención al carácter complementario que corresponde a las economías de ambos países.